

LOS INTERESES DE JESÚS

**Por el P. F. G. FABER
Religioso felipense**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla**

I.S.B.N : 84-7770-253-5
Depósito Legal: B-8736-95
Impreso por BIG, S.A.
Industria Gráfica

INTRODUCCIÓN

Federico Guillermo Faber (1814-1863) nació en el condado de York en 1814. En 1837 se hizo ministro anglicano y fue nombrado rector de Elton, condado de Huntington. Se convirtió al catolicismo siguiendo a Newman, en el admirable movimiento Oxford. Con sus amigos convertidos como él fundó la comunidad de «Hermanos de la Voluntad de Dios». Se ordenó sacerdote en 1847 y, al año siguiente, entró con sus amigos en el Oratorio de San Felipe de Neri, donde fueron recibidos por Newman. Murió en Londres en 1863 siendo superior del Oratorio.

Faber es considerado como el príncipe de los autores espirituales ingleses. Se inspira en las escuelas italiana y francesa, aun-

que con muchas aportaciones personales. Sus obras han sido de las más leídas y apreciadas en todos los idiomas a que se han traducido. Fundado en el dogma, que conoce bien, y en su larga experiencia de director de almas, trata de llevar a sus lectores al conocimiento íntimo de los misterios de Cristo para hacérselos vivir intensamente. Exalta con fervor la devoción a María y el amor a la Iglesia y al Papa, cosa muy significativa en un convertido del anglicanismo.

Una de sus obras principales es la titulada «Todo por Jesús», la cual es digna de leerse completa; pero para no abrumar al lector con una obra voluminosa, en esta colección presentaremos en varios libritos, lo más importante de la misma.

Sabemos por experiencia que en estos tiempos las obras voluminosas tienen poca aceptación; se venden poco y aún se leen menos, y por este motivo nos interesa presentar lo mejor de cada autor en libritos pequeños y muy atractivos. De esta forma estamos consiguiendo que muchas personas logren leer los libros que no se atreverían a leer por ser demasiado grandes.

Andrés Codesal

PRIMERA PARTE

Intereses de Jesús

SECCIÓN I

Jesús todo por nosotros y todo por amor

Jesús nos pertenece y se digna ponerse a nuestra disposición, y nos da cuanto somos capaces de recibir, y nos ama con un amor que no hay lengua que pueda expresar, ni criatura alguna que sea capaz de imaginar ni concebir, y condesciende a desear con un anhelo inefable que nosotros le amemos con puro y fervoroso amor.

Sus méritos pueden llamarse nuestros

como suyos; sus satisfacciones son, más que suyo, nuestro tesoro; sus Sacramentos no son otra cosa sino los medios que su amor inventara para comunicarse a nuestros corazones. Doquiera volvamos la vista en la Iglesia de Dios, allí está Jesús. Él es para nosotros principio, medio y fin de cuanto existe. Es nuestra ayuda en la penitencia, nuestro consuelo en el dolor, nuestro socorro en la tribulación. Nada hay bueno, nada santo, nada bello, ni nada agradable, que no sea para sus siervos.

Ninguno puede llamarse pobre, porque si quiere, puede tener a Jesús por su propia herencia y posesión. Ninguno debe dejarse dominar por la tristeza, porque Jesús es la alegría del Cielo, y tiene sus mayores complacencias en habitar con las almas angustiadas.

Podemos exagerar muchas cosas, pero jamás encareceremos debidamente nuestros deberes para con Jesús, ni el exceso de su tiernísimo amor hacia sus culpables criaturas. Si empleáramos toda nuestra vida en hablar de Jesús, nunca llegaríamos a agotar las riquísimas y suavísimas cosas que de Él pudieran decirse. La eternidad no es bastante larga para aprender todo lo que Jesús

es, ni para alabarle por todo cuanto ha hecho; mas no importa, porque en la eternidad viviremos siempre en su compañía, y todo cuanto deseáramos lo obtendremos.

Nada nos ha escaseado Jesús. No hay facultad de su Alma purísima que no haya tenido que hacer en nuestra salvación; no hay un solo miembro de su Cuerpo santísimo que no sufriera por nosotros; no hay pena, oprobio e ignominia que en favor nuestro no apurara hasta las últimas heces de su amargura; no hay una sola gota de su sangre preciosísima que no derramara por nosotros, ni latido de su sacratísimo Corazón que no fuera un acto de amor.

En las vidas de los Santos leemos cosas tan asombrosas sobre su amor a Dios, que ni siquiera nos atrevemos a pensar en imitarlas. Unos practicaron prodigiosas austereidades; otros pasaron toda su vida en un silencio sepulcral; éstos se arroaban en suavísimos éxtasis y raptos; aquéllos eran amantes apasionados del sufrimiento y desprecio; los unos suspiraban y se consumían en una santa impaciencia por morir, y los otros hasta cortejaron la muerte y exhalaron su postrer suspiro en medio de los más atroces tormentos de un martirio cruel.

¿No os sorprende cada uno de estos prodigios de amor? Pues bien; juntadlos todos en un solo corazón, concebid dentro de él todo el amor de Pedro, Pablo y Juan, el de San José y la Magdalena, el de todos los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes que ha habido hasta hoy; imaginaos que un milagro da resistencia a este corazón para contener tanto amor; añadid ahora todo el encendido fuego divino de los nueve coros de innumerables Ángeles, y hacedle, por fin, rebosar con la abrasada caridad del Corazón inmaculado de nuestra Madre querida, y todavía todo ese amor no se acercará, ni siquiera será una imitación mezquina del amor que Jesús tiene a cada uno de nosotros, por indignos y malvados que seamos.

Conocemos nuestra propia perversidad, nos aborrecemos por nuestras culpas pasadas y nos irritamos con nuestra ruindad y vileza, y Jesús, sin embargo, nos quiere con ese tiernísimo amor, y está pronto, si necesario fuere, según lo reveló a uno de sus siervos, a volver a bajar del Cielo para ser otra vez crucificado por cada uno de nosotros.

Lo verdaderamente asombroso no está en que nos amara tanto, sino más bien en

que se dignase amarnos. Considerando quien es Él y lo que somos nosotros, ¿tenemos, acaso, un solo título a su amor, a no ser el exceso, y sin nuestro Jesús adorable, hasta la desesperación de nuestra miseria? No tenemos ningún otro título para con Él, sino aquéllos que Él mismo, en su misericordia infinita, inventara en favor nuestro. ¿Puede haber cosa más odiosa ni más ruín y miserable que nosotros? ¡Y, no obstante, nos ama con tal exceso de amor!

¿Cómo es que siempre no nos ocupa esta única idea? ¿Cómo podemos tomar interés por otra cosa que no sea el tiernísimo amor de Dios a sus culpables criaturas? Es casi increíble que lleguemos a desempeñar nuestras tareas diarias, que gustemos de las criaturas, que no nos estorbe comer, ni beber, ni dormir, teniendo delante de nosotros, a todas las horas del día y de la noche, el objeto del más entrañable amor y de la caridad más abrasada del Dios omnipotente, sapientísimo, santísimo, bellísimo y eterno.

¡Oh la más increíble de las más espantosas maravillas! Las bendiciones llegan casi a ahogarnos; las gracias se multiplican hasta sobrepujar el cálculo; las misericordias divinas se renuevan todos los días y

después de todo nos espera la recompensa que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano concibió jamás. Esto por lo que hace a Jesús.

Y hasta hoy, ¿qué hemos hecho nosotros por quien tanto trabajó en favor nuestro, y cuyo único objeto en todos sus actos no fue otro sino ganar nuestro amor?

¡Oh!, fijamos la vista en un Crucifijo, y apenas nos commueve; oímos hablar de las amarguras de su Pasión, y nuestros ojos permanecen enjutos y frío nuestro corazón; doblamos la rodilla para orar, y difícilmente conseguimos mantener fijo nuestro pensamiento en Jesús el espacio de un cuarto de hora; vemos que otros pecan, ¿y qué nos importa a nosotros?

¡Seguramente que bien poco nos interesa Jesús cuando es tal nuestra conducta para con Él! Sin embargo, así sucede, por desgracia. Seguimos nuestros caprichos, y hacemos siempre nuestra voluntad; nuestro principal objeto es gozar y ocuparnos en cosas que halaguen nuestro amor propio.

Por lo que hace a la penitencia, se reserva para lo último. Es preciso que disfrutemos ahora de comodidades corporales y conveniencias mundanas; y la vida espiri-

tual no debemos considerarla sino como una de esas consolaciones interiores, sin las cuales nos inquieta el corazón por no hallarse en su centro.

Si honramos a Dios, es por interés; si socorremos a nuestros hermanos, ¡hasta en la caridad!, nos buscamos a nosotros mismos. ¡Pobre Jesucristo!, como solía decir San Alfonso de Ligorio, ¡pobre Jesucristo! ¡Quién piensa en Ti! ¡Quién promueve tus intereses!

He aquí, pues, el verdadero objeto de nuestra vida: cuidar de los intereses de Jesús, y promoverlos por cuantos medios estén a nuestro alcance. Difícilmente habrá objeto alguno mundial de importancia que no tenga alguna asociación para defender sus derechos y promover sus intereses. ¿Por qué, pues, no habrían de tenerla igualmente los intereses de Jesús? La ciencia tiene sus academias y sus juntas respectivas; se asocian los hombres entre sí con objeto de hacer triunfar algunas de sus opiniones políticas favoritas, ¿y todavía no habíamos de abrir una oficina para despachar los negocios de Jesús, para defender sus derechos y fomentar sus intereses? Pues no olvidéis que éste es cabalmente nuestro fin.

Esto supuesto, tratemos ahora de formarnos una idea exacta de los intereses de Jesús; de otra suerte, nada podremos hacer para aumentarlos. Nunca el hombre trabaja a ciegas; es menester que conozca siempre lo que tiene entre manos. Vosotros sabéis lo que es tomar interés por alguna cosa. Si dirigís una mirada por el mundo, veréis que todos tienen algún interés predilecto; en el mundo casi existen tantos intereses como personas hay en él.

Todos vosotros tropezáis en la calle con alguno que va tras un objeto cualquiera; lo conoceréis en su semblante, en la viveza de los ojos y en su paso acelerado. Sea ese objeto político, literario, mercantil, científico, de pura ambición o inmoral, lo cierto es que todos toman a pecho el interés de su elección, y que desempeñan a las mil maravillas su cometido. Por él trabajan con desvelo todo el día, pensando en él se van a la cama, con él sueñan y con él despiertan por la mañana.

Es, pues, indudable, que los hombres tienen un sinnúmero de intereses en el mundo, que están apasionados por ellos y que por ellos trabajan hasta con frenesí. ¡Oh, si trabajásemos así por Dios, por nuestro bonísimo, misericordioso y eterno Dios!

También el demonio tiene sus intereses en el mundo; se le ha permitido formar una monarquía en oposición a Dios, y como todos los soberanos de la tierra, posee una multitud de intereses. Así es que tiene agentes por todas partes, espíritus invisibles, diligentes, activos, que hormiguean en las calles de las grandes poblaciones para hacer prosperar los intereses de su rey.

También nuestros hermanos se alistan a millares bajo la bandera del diablo, no pocos trabajan gratis en favor suyo; y lo que es más deplorable todavía, una gran parte hasta llega a persuadirse que está ejecutando una obra divina, ¡tan buena e inocente es a sus ojos!

SECCIÓN 2

Intereses de Jesús

Examinemos ahora los intereses de Jesús; echemos una ojeada por toda la Iglesia, su esposa. Recorramos primeramente el cielo, o la Iglesia triunfante. El interés de Jesús consiste en que se aumente por todos los medios posibles, y a cada hora del día y

de la noche, la gloria de la Beatísima Trinidad; y dicha gloria divina, llamada accidental, se aumenta con toda buena obra, palabra y pensamiento, con toda correspondencia a la gracia, con toda resistencia a la tentación, con todo acto de adoración, con todo Sacramento debidamente administrado o humildemente recibido, con todo homenaje y acto de amor a María, con toda invocación a los Santos, con toda cuenta de Rosario, con toda gota de agua bendita, con toda señal de la cruz, con toda pena pacientemente sufrida, con toda calumnia tolerada con resignación, y con todo buen deseo, aunque no se ponga por obra.

Todas estas cosas, como se hagan con devota intención y en unión con los méritos de Nuestro Señor amoroso, aumentan considerablemente la gloria divina.

No se pasa una sola hora, así al menos lo creemos, en que no arribe al puerto dichoso del cielo una nueva alma, procedente del purgatorio o de la tierra, para empezar su eternidad de alabanzas y arrobamientos. Cada alma que aumenta la muchedumbre de adoradores, cada voz silenciosa agregada a los coros angélicos es un grado más de gloria divina, y en el interés de Jesús está

hacer que estos arribos sean cada vez más frecuentes, y que esas almas lleven consigo, a su entrada en la gloria, un riquísimo tesoro de merecimientos, y un grado muy subido de amor de Dios.

Del cielo bajemos con la consideración a ese vastísimo reino del purgatorio, con su emperatriz madre María. Toda esa innumerable muchedumbre de almas son las esposas fieles y queridas de Jesús; pero, ¡en qué espantoso abandono de tormento sobrenatural no las ha dejado su amor! Jesús suspira por su libertad; anhela con vivas ansias verlas transportadas de esa tenebrosa región llena de tinieblas y sufrimientos, a la esplendorosa luz de su mansión celestial; sin embargo, se halla en cierta manera atado por sus propias manos. Ya no les concede ninguna gracia, no les otorga tiempo de hacer penitencia, ni las permite merecer, y según algunos han creído, ni siquiera pueden allí orar. ¡Cuán lamentable no será, pues, la situación de esas almas afligidas en tan terrible morada!

Porque —y medítese bien esto— la suerte dichosa de estas almas depende más bien de la tierra que del Cielo, más de nosotros que de Jesús; así lo ha ordenado Aquél de

quien todo depende, y sin el cual no hay dependencia alguna. Es, pues, evidente que Jesús tiene intereses en el purgatorio, y desea ver a sus cautivos puestos en libertad. A nosotros, que si tenemos un principio de vida sobrenatural, es favor suyo, nos pide ahora, con lágrimas en los ojos, que rescatemos a aquéllos a quienes Él ha redimido.

Toda satisfacción ofrecida a Dios por esas almas benditas, toda oblación de la preciosa sangre presentada al Padre Eterno: oír misa, comulgar, mortificarse, las indulgencias, el jubileo, la recitación devota del *De profundis*; la limosna dada al más menesteroso; todas estas cosas forman parte de la gloria de Jesús, y como se apliquen por la intención de esos hermanos nuestros, aumentarán a todas horas los intereses de Jesús en el imperio mariano del purgatorio.

A nuestra disposición están las infinitas satisfacciones de Jesús, los dolores de María, los tormentos de los mártires y la laboriosa perseverancia en el bien obrar de los confesores. Jesús no quiere hacerlo aquí por sí mismo, porque desea ver cómo le ayudamos nosotros, y porque cree igualmente que se alegrará nuestro amor dejándonos algo que hacer en obsequio suyo.

Trasladémonos ahora a la Iglesia militante; aquí los intereses de Jesús son muy ricos y varios. Se encuentran cosas que hacer y cosas que omitir, corazones que persuadir y corazones que disuadir. Tanto es lo que hay que hacer, que uno no sabe por dónde empezar, ni cuál sea lo primero que deba ponerse por obra.

Aquéllos que no aman a Jesús es preciso que le amen; y quienes tienen la dicha de amarle, que crezcan todos los días en semejante amor. Cada uno de nosotros podía tomar para sí un departamento, y en él hallaría obra en que emplear toda su vida. Los hombres en su agonía es uno de los departamentos que podríamos escoger. ¡Oh y qué peligro corren los más caros intereses de Jesús en el lecho de esa muchedumbre de moribundos que en la redondez del globo están exhalando su postrer suspiro a cada momento del día y de la noche!

Satanás trabaja sin descanso; las tentaciones caen sobre ellos más espesas que los copos en una gran nevada; y quienquiera que gane esta batalla, Jesús o el diablo, ceñirá eternamente la corona del vencedor, porque ya no ha lugar a un segundo combate.

Hay agonizando católicos que hace años no se acercaron a recibir los Sacramentos y santos cuyo medio siglo de merecimientos y amor heroico corre un inminente peligro de perderse. Solamente necesitan una cosa: la perseverancia final, y por más esfuerzos que hagan no conseguirán merecerla.

¡Y Jesús murió por cada uno de ellos tan exclusivamente como si no hubiese ningún otro por quien dar su vida; y ahora mismo está pronto si necesario fuese, a volver a bajar del Cielo para ser otra vez crucificado por esos infelices! ¡Recorramos toda su larga Pasión; enumeremos sus pasos, sus lágrimas, sus gotas de sangre; contemos las espinas, los golpes, los espulos, las caídas; penetremos en los insondables abismos de oprobios e ignominias que envuelve semejante Pasión; sondeemos la tortura y angustias horribles del Sacratísimo Corazón de Jesús! ¡Pues bien: todos esos crueles tormentos sufrió por aquel pobre indio que ahora está agonizando bajo las sombras de los Andes, y si muere y no se salva, todo fue en vano!

Los moribundos, como llevo dicho, no son más que uno de los departamentos de los intereses de Jesús, y San Camilo fue sus-

citado por Dios para fundar una Orden exclusivamente en alivio suyo.

No hay fonda, ni café, teatro, ni casino, salón de baile, ni concierto, *meeting* público, ni parlamento, feria, ni mercado, carreras de caballos, ni corrida de toros, andén, coche, barco de vapor, escuela, academia, iglesia, en que no peligren a todas horas los intereses de Jesús, y adonde Él no nos llame en socorro suyo.

La Iglesia de la tierra es la Iglesia militante, y así, no es maravilla que haya en ella tanto que hacer, y que sea tan escaso el tiempo para llevarlo a cabo. No hay cosa alguna que no tenga dos lados, uno favorable a Jesús, y el otro contrario suyo. El diablo posee en el mundo otros intereses a más de la culpa grave y puede con ellos hacer guerra a Jesús y obtener un éxito casi igual al que consigue con las culpas mortales; el veneno lento produce a veces su efecto en las almas mejor que el activo. Ved, pues, la multiplicidad, la ubicuidad, la urgencia que reclaman los intereses de Jesús.

Aunque sea imposible examinar minuciosamente todos los intereses que Jesús tiene en la tierra, es preciso, sin embargo, si hemos de saber cuál es nuestro oficio y

empleo, formarnos de ello una idea clara y distinta. Si estudiamos el Sagrado Corazón de Jesús, según Él mismo nos le ha revelado en el Evangelio, en la historia de la Iglesia y vidas de los Santos, y conforme le descubrimos nosotros mismos en la oración, veremos que los numerosos y variados intereses de Jesús pueden reducirse a cuatro clases. Un breve bosquejo de cada uno de ellos nos dará una idea clara de la obra que vamos a emprender.

El principal interés de Jesús es indudablemente nuestra propia santificación interior; el reino de los Cielos está dentro de nosotros. Pero, a pesar de toda la importancia que en sí envuelve la cuestión de la santificación propia, no es éste, al menos directamente, el asunto en que al presente vamos a ocuparnos.

Ciertamente, nada haremos sin la santidad personal; mas no es ahora tiempo ni lugar de hablar de semejante asunto. Los cuatro grandes intereses de Jesús a que yo al presente me refiero son: 1.^º La gloria de su Padre. 2.^º El fruto de su Pasión. 3.^º El honor de su Madre. 4.^º El aprecio de la gracia.

Permitidme que os diga una palabra acerca de cada uno de ellos.

SECCIÓN 3

LOS CUATRO PRINCIPALES INTERESES DE JESÚS

1.^o La gloria de su Padre

Al estudiar a nuestro Señor adorable, según se nos representa en los Evangelios, nada hay en Él que se asemeje tanto a una pasión dominante, permítasenos la expresión, como su anhelo por la gloria de su Padre. Desde el momento en que abandonó a su Madre, quedándose en Jerusalén, hasta la última palabra que pronunció en la Cruz, dicha devoción por la gloria de su Padre se descubre por doquiera.

Así como se dijo de Jesús en cierta ocasión, que le devoraba el celo por la casa de Dios, así podemos decir que se veía continuamente consumido de hambre y sed por la gloria de su Padre; no parecía sino que se había perdido esta gloria en el mundo, y que venía a buscarla y encontrarla. ¡Y cuán angustiado no estaba su Corazón Sacratísimo hasta dar con ella! De esta manera fue nuestro modelo, y nos ofreció su gracia para que glorifiquemos a nuestro Padre celestial.

¿Quién puede contemplar la tierra sin que al punto no vea lo perdida que se halla en ella la gloria divina? Pues bien: Jesús tiene gran interés en que nosotros la busquemos y encontremos.

Prescindiendo ahora de los actos manifiestos de culpas enormes; ¡cuán olvidado, enteramente olvidado, no está Dios de la mayor parte del humano linaje! Viven los hombres como si fueran ateos, no porque se hallen en abierta rebelión contra su Divina Majestad, sino porque le desdeñan o no le conocen. Dios es un estorbo en su propio mundo, y una impertinencia en su creación, así es que se le ha retirado a un lado como si fuera un ídolo grotesco.

Los sabios y políticos han convenido en hacer otro tanto, y las personas de negocios y opulentos del siglo creen la cosa más decente del mundo, guardar un completo silencio acerca de Dios; se imaginan que no es fácil ocuparnos de Él, o formar una idea de sus perfecciones, sin concederle demasiado.

Es un obstáculo casi insuperable, y si no fuese por la gracia, absolutamente insuperable para los intereses de Jesús, esa masa enorme e impenetrable de olvido e ignoran-

cia de Dios. Desgarra ciertamente el corazón, y nos mueve a desear la muerte; pues ¿qué otra cosa podemos hacer en negocio tan desesperado? Ensayemos, sin embargo, nuestras fuerzas. Un rosario y una medalla bendita, ¿no son de una eficacia incalculable? ¿Y una sola Misa, no tiene, por ventura, un valor ilimitado?

Pero desgraciadamente existe un gran número de personas que nunca dan a la gloria divina el lugar que le corresponde, y no pocas que se dicen espirituales la ceden siempre en todo el segundo puesto.

Semejantes personas necesitan luz para conocer la gloria divina al tiempo que la están viendo, y discernimiento para descubrir al mundo y demonios disfrazados con apariencia de razón y moderación para defraudar así a Dios su gloria inmortal. Tienen asimismo necesidad de ánimo varonil para hacer frente a los respetos humanos, y de una firme resolución para conformar su vida con la religión que profesan. ¡Pobres gentes! ¡Son la pestilencia de la Iglesia, y no lo sospechan siquiera! Aprovecharía grandemente a los intereses de Jesús que dichas personas adquiriesen un conocimiento cabal de sí mismas y de todo lo que las rodea.

Aquí, pues, tenemos también alguna cosa que hacer, y es pedir que toda persona virtuosa, y aquéllas que aspiran a serlo, sepan discernir lo que favorece a la gloria divina de lo que se opone a ella. ¡Oh! ¡Cuánto terreno no perdemos todos los días por falta de semejante discernimiento!

Sépase, pues, que existen Órdenes religiosas, bendecidas por la Iglesia, consagradas exclusivamente, cada una en su línea a promover la gloria de Dios; obispos y sacerdotes que trabajan sin descanso noche y día por ese único objeto; Hermandades y Confraternidades sin número, que no se proponen ningún otro fin que la mayor gloria de Dios.

Habrá ciertamente, calamidades que sufrir, peligros que arrostrar, escándalos que reprimir; se verá hoy la Iglesia precisada, en cierta manera, a rendirse al mundo para sujetarle mañana. En todas estas cosas tiene Jesús grandes intereses, y deber nuestro es el ayudarle. Media docena de hombres recorriendo el mundo, y no buscando más que la gloria de Dios, removerían ciertamente las montañas. Así fue prometido a la fe; ¿por qué, pues, no habremos de ser nosotros quienes den cima a semejante empresa?

SECCIÓN 4

2.^º El fruto de su Pasión

Éste es otro de los grandes intereses de Jesús. Todo pecado que evitemos, aunque sólo sea venial, es una grande obra para los intereses de Jesús. Nos convenceremos de ello recordando que si con una leve mentira pudiésemos cerrar para siempre el infierno, salvando todas las almas que hay en él; acabar con el purgatorio y hacer que todo el humano linaje se igualase en santidad a San Pedro y San Pablo, todavía no nos sería lícito cometer, bajo ningún concepto, esa ligera falta, pues más perdería la gloria de Dios con dicha culpa liviana que cuanto pudiese ganar en la justificación y salvación de todo el universo mundo.

¡Qué obra, pues, tan grande no será para los intereses de Jesús impedir un solo pecado mortal! ¡Y cuán fácil cosa es evitarle! Si cada noche, antes de acostarnos, suplicásemos a nuestra dulcísima Señora tuviese la dignación de ofrecer a Dios la preciosísima Sangre de su Hijo para estorbar en cualquier parte del mundo, durante la noche, un solo pecado mortal, y renová-

semos luego por la mañana la misma súplica por todas las horas del día, seguramente una ofrenda hecha por semejantes manos obtendría la gracia deseada. Cada uno podría probablemente evitar así todos los años setecientos treinta pecados mortales.

Y si mil de nosotros hiciésemos iguales ofrecimientos, y perseverásemos en ellos por veinte años, lo cual sería fácil y nos colmaría al propio tiempo de inefables méritos, ascendería la suma de culpas graves que impidiésemos a más de catorce millones.

Si suponemos ahora que todos los miembros de nuestra Confraternidad practicásemos lo mismo, tendríamos entonces que multiplicar la suma anterior por cuarenta, y la omisión de quinientos sesenta millones de pecados mortales sería la ofrenda anual de nuestra Confraternidad a la Pasión de Nuestro Señor.

En igual proporción prosperarían los intereses de Jesús, y ¡cuán dichosos, inmensamente dichosos, no seríamos entonces nosotros!

Aumentamos igualmente el fruto de la Pasión de nuestro Redentor adorable cada vez que conseguimos se llegue uno al tri-

bunal de la Penitencia a confesar sus culpas aunque no sean sino veniales; aumentamos ese mismo fruto bendito con todo acto de contrición que hagan los hombres por mediación nuestra, y con cada plegaria que dirijamos a Dios para alcanzarles la gracia de obtenerla; nos da idéntico resultado toda ligera mortificación o penitencia que inspiremos a los demás, y todo esfuerzo de nuestra parte para fomentar la Comunión frecuente entre nuestros hermanos; y cuando inducimos al pueblo a tomar parte en la devoción a la Pasión de Nuestro Señor, a leer o meditar sobre ella, ¿qué otra cosa estamos haciendo sino acrecentar los intereses de Jesús?

Cierta persona aseguraba, y si la memoria no me es infiel era San Alberto Magno, que una sola lágrima derramada sobre los sufrimientos de Nuestro Señor tenía más mérito delante de los divinos ojos que un año entero de ayunos a pan y agua.

¡Cuál no será, pues, el valor de hacer que los demás giman con nosotros por la Pasión de Jesús, y cuánto mayor el lograr de ellos que reciten una corta oración! ¡Oh dulce Jesús mío! ¡Y cómo es que somos tan fríos y duros! ¡Enciende, pues, en nosotros

el sagrado fuego que viniste a encender sobre la tierra!

SECCIÓN 5

3.^º El honor de su Madre

Éste es otro de los principales intereses de Jesús, y toda la historia de la Iglesia nos demuestra el grande aprecio en que la tiene.

El amor a María fue lo que principalmente le movió a bajar del Cielo, y la Santísima Virgen fue asimismo quien mereció la época de la Encarnación.

María es la única escogida por la Beatísima e Individua Trinidad; la Hija predilecta del Padre, la Madre predestinada del Hijo y la Esposa querida del Espíritu Santo.

La verdadera doctrina de Jesús siempre ha estado mezclada y confundida con la verdadera devoción a María, y sólo es ofendida la Madre con las ofensas al Hijo.

María es la herencia de los católicos humildes y obedientes; aumentase la santidad a medida que crece su devoción, y los San-

tos están vaciados en el molde del amor a María.

El enemigo más temible del pecado es María; pensar en Ella es ya un hechizo contra la culpa, y los demonios tiemblan a su nombre.

Ninguno puede amar al Hijo sin que crezca en el amor a la Madre; ninguno puede amar a la Madre sin que su corazón se deshaga de ternura hacia el Hijo. Por eso la puso Jesús al frente de su Iglesia para que fuese señal para todos los buenos y piedra de escándalo para sus enemigos.

¿Qué maravilla que estén los intereses de Jesús estrechamente ligados al honor de su Madre?

Todo acto de amor en reparación de las blasfemias heréticas contra su dignidad augusta, todo acto de acción de gracias por su Concepción Inmaculada y perpetua virginidad, os ofrece una ocasión oportuna de promover los intereses de Jesús; toda acción encaminada a extender su devoción y singularmente todo esfuerzo vuestro para que la amen los católicos cada vez con más ternura, es una obra muy favorable a Jesús, y que os premiará sobreabundantemente.

Inducir al pueblo a que comulgue en sus

festividades, a que se inscriba en sus Cofradías, y lleve consigo una imagen suya, y gane indulgencias por las almas del purgatorio que durante su vida fueron más devotas de esa Señora, y dé gracias por la definición dogmática de su Concepción Inmaculada, y rece, en fin, todos los días una tercera parte del rosario, son todas prácticas piadosas que promueven maravillosamente los caros intereses de Jesús.

No hay ninguno, por muy ocupado que se halle que no pueda ejercitarse en algunas de estas devociones. Pero existe todavía otra devoción de que es preciso hacer aquí mención especial, y ¡ojalá que todos nosotros nos inspirásemos en ella! ¡Cuánto prosperarían entonces los intereses de Jesús, y qué riquísimos tesoros de nuevo amor adquiriría nuestro Señor adorable en todo el mundo! Dicha devoción consiste en tener más confianza en las oraciones a nuestra Madre bendita, más seguridad y fervor en las súplicas, y una fe más viva en su protección.

Se amaría más a María si hubiese más fe en María. Pero ya se ve, vivimos en una nación dominada por la herejía, y no es fácil habitar entre hielos y no enfriarse.

¡Oh Jesús mío!, ¡animad nuestra confianza en María, a fin de que trabajemos por tus intereses como Tú quieras lo hagamos; y no permitas que criatura alguna nos sea más querida en el mundo que aquélla que fue para Ti más amada que todas las otras criaturas juntas!

SECCIÓN 6

4.^º El aprecio de la gracia

He aquí otro de los principales intereses de Jesús. Se cambiaría enteramente el mundo con sólo que apreciasen los hombres la gracia en su justo valor.

¿Qué cosa hay en el mundo digna de estimación a no ser la gracia? ¡Cuán puerilmente nos dejamos llevar de toda especie de tonterías mundanas que nada tienen que ver con los intereses de Jesús! ¡Cuán necios somos!, ¡cuánto tiempo malgastamos!, ¡qué de males no hacemos!, ¡cuántas buenas obras omitimos, y con qué dulzura nos trata, sin embargo, el mansísimo Jesús!

Si el hombre apreciase la gracia en lo

que vale, todos los otros intereses de Jesús prosperarían considerablemente, pues cuando sufren algún detrimiento se debe únicamente a la falta de dicha estimación.

Se multiplican las gracias y méritos casi con la misma velocidad que las palpitaciones del Sagrado Corazón; y mientras este Corazón purísimo late por nosotros con arrebatado amor, se dice cada uno a sí mismo: «Yo no estoy obligado a hacer eso, yo no debo privarme de este placer, es preciso que reprema este religioso entusiasmo.»

¡Válganos Dios! Yo quisiera que pudiésemos tener una sola centella de ese entusiasmo que es menester reprimir. ¡Pobre Jesucristo! ¡Pobre Jesucristo! Y tan deplorable abandono no tiene otro origen que la falta de verdadera estimación de la gracia.

Primero es morir que perder un solo grado de gracia. ¿Lo creemos así todos nosotros? ¡No!, aunque afirmemos lo contrario. Si mañana bajasen al 20 los fondos públicos, esa baja espantosa no acarrearía consecuencias tan fatales como las que resultasen de la pérdida de un solo grado de gracia por impaciencia de aquel enfermo andrajoso que yace postrado en un oscuro zaguán.

Enseñan los teólogos que los dones todos y gracias naturales de San Miguel, poder, fortaleza, sabiduría, belleza, hermosura y cuantos encantos adornan y engalanan a tan purísimo Arcángel, no son nada en comparación con el más pequeño grado de gracia que se alcanza resistiendo a un movimiento de ira el espacio de un cuarto de hora, porque la gracia es una participación de la naturaleza divina.

Y bien, ¿mostramos con nuestra conducta semejante estimación de la gracia, cuando estamos persuadiendo a los demás esta excelencia? Fijaos sobre cualquier desventura o calamidad de la Iglesia, y veréis que no hubiera acaecido jamás si sus hijos hubiesen tenido una verdadera estimación de la gracia; y asimismo os convenceréis de que mañana por la mañana se cambiaría la tierra en un Cielo anticipado, si sus moradores apreciasen la gracia en lo que se merece.

Nada aprovecha al hombre ganar todo el mundo si sufre el más pequeño detrimiento su alma inmortal. ¡Id, pues, y persuadid esto al pueblo! Hacedle ver el acopio de merecimientos que puede hacer con la gracia, y cómo una gracia llama a otra gracia, y cómo

las gracias son méritos, y cómo los méritos se cambian en gloria., ¡gloria que es eterna en los Cielos!

Si así lo practicais, promoveréis indudablemente los intereses de nuestro adorable Señor mucho más de lo que podéis imaginaros.

Pedid siquiera que el hombre tenga una verdadera estimación de la gracia, y con eso solamente llegaréis a haceros Apóstoles secretos de Jesús. En Él se hallan todas las gracias, y Él, que es la fuente y plenitud de todas ellas, suspira por derramarlas sobre las almas por quienes dio su vida. No le abandonarán entonces las almas, porque sabrán apreciar las gracias que reciben para obtener otras nuevas.

¡Id y ayudad a Jesús! ¿Por qué ha de perderse una sola de las almas que Él rescató a costa de su Sangre? ¿Por qué ha de perderse una *sola*?

Es cosa horrible, horribilísima, pensar en la condenación de una sola alma. ¿Y por qué ha de condenarse?, ¿por qué? ¡Ahí está la Preciosa Sangre para quien la pida y esta Sangre es la fuente de la gracia!

Pero ya se ve que los hombres se cuidan muy poco de la gracia. San Pablo em-

pleó toda su vida en predicar a los hombres las excelencias de la gracia, en rogar a Dios que les concediese tan riquísimo don y en procurar que una vez conseguida hicieran de ella el uso conveniente.

Cuando después de la Comunión derrame sobre vuestro corazón la fuente de toda gracia raudales vivos de gozo, pedid entonces que abra los ojos de todos a la hermosura de la gracia, y así multiplicaréis sus gracias, y con la multiplicación de la gracia, sus divinos intereses; porque cuanto más da Jesús, tanto más rico se hace.

¡Soberano Señor de las almas! ¡Cómo es que podemos pensar en otra cosa que no seáis Vos! Es un asombro que no nos extasiemos al considerar la honra altísima que se nos dispensa de tener a nuestra disposición los intereses de Jesús.

Pero este asombro se comprende sabiendo que no conocemos la grandeza de nuestra dignidad. ¿Y cuál es la causa de semejante ignorancia más que el no estudiar bastante a nuestro amoroso Señor? ¿Por qué, pues, no empezar en el tiempo lo que ha de hacer nuestra dicha por toda la eternidad?

¡Estudiemos a Jesús! El Cielo es únicamente Cielo por hallarse en él Jesús, y no

es fácil comprender cómo no se haya transformado la tierra en Cielo desde que Jesús se encuentra en ella. ¡Ay!, ¡sí!, la causa es habérsenos dejado la malhadada facultad de poder ofenderle: prívesenos de ella, y al punto la tierra será Cielo, o purgatorio, umbral del Cielo.

¡Día vendrá en que no podamos pecar ni ultrajar más al Corazón de Jesús! ¡Oh Señor amoroso! ¡Salga pronto el sol, y no se ponga hasta que no disfrutemos de ese incomparable privilegio!

¿A qué disputar ni discurrir sobre si iremos o no inmediatamente al Cielo, o primero al purgatorio? ¿Qué nos importa? Lo que interesa es que podamos hacer de manera que nunca ofendamos a Nuestro Señor adorable, pues de lo contrario, estemos seguros de incurrir en alguna culpa.

SECCIÓN 7

Cómo aumentaremos los intereses de Jesús

Tales son los intereses de Jesús, cuyo aumento constituye la grande obra de nuestra

Confraternidad; o más bien, éstos son los ejemplos y modelos de dichos intereses.

Parecerá ciertamente extraño que para tan grande obra escogiese Nuestro Señor amoroso unos pobres y viles instrumentos, cual somos nosotros; pero ¿no es por ventura aquel mismo Señor que eligió a simples pescadores y remendadores de redes para ser sus Apóstoles y convertir el mundo?

Verdad es que tenemos bastantes culpas personales en que ocuparnos, no pocas imperfecciones que corregir, y que no existe rincón de la tierra que sepamos, donde los intereses de Jesús corran tan inmenso riesgo como en nuestra propia alma. Pero así y todo, preciso es que seamos Apóstoles, y ¡ay de nosotros si no lo somos!

Deber nuestro es ponernos al servicio de las almas de nuestros hermanos, aun cuando tengamos bastante que hacer con la nuestra propia.

El Evangelio es ley de amor, y la vida cristiana una vida de oración. Nos enseña el Apóstol que tenemos obligación de interceder por toda clase de personas; y en efecto, nada adelantaremos en la obra de la santificación propia si no procuramos pro-

mover los intereses de Jesús en las almas de nuestros prójimos.

Se quejan muchos de que no aprovechan en la virtud, que no consiguen mortificar sus malas pasiones, sus flaquezas pecaminosas y su enojoso amor propio; se encuentran hoy en el mismo estado que hace un año, y esto les sirve de grande desconsuelo.

No raras veces esta falta de adelantamiento en la vida espiritual nace de su egoísmo, es decir, de no cuidarse más que de sí mismos, creen que nada tienen ellos que ver con las almas de sus hermanos, intereses de Jesús y oración de intercesión, y como no hacen cosa alguna para merecer mayores gracias, consérvanse siempre a tan bajo nivel. La Confraternidad espera otra cosa de nosotros, y nos enseña a pensar de muy diferente manera.

Pero conviene no olvidar que los intereses de Jesús no siguen la misma regla que los intereses del mundo; si no tenemos esto muy presente, no tardaremos en desmayar al más pequeño bien que nos parezca estar haciendo.

La mayor parte de los intereses de Jesús son intereses visibles; sobre la fe es preciso que fundemos la eficacia de la oración.

Nunca sabremos hasta el último día todas las respuestas que se dieron a nuestras súplicas, ni la influencia que hayan ejercido sobre la Iglesia durante el transcurso de los siglos.

Ved, por ejemplo, la oración de San Esteban al morir apedreado; dicha oración alcanzó la conversión de San Pablo, que estaba guardando las capas de los asesinos del protomártir.

Considerad solamente lo que San Pablo ha hecho, hace y continuará haciendo hasta el fin del mundo. Pues bien, todas las maravillas que obre el Apóstol, obras son también de San Esteban, todo es debido a su oración.

Así, ¿quién sabe?, quizá alguno pida las oraciones de la Confraternidad para remover los obstáculos que se oponen a su vocación a la vida religiosa o estado eclesiástico, y tal favor le sea otorgado por nuestras oraciones en la tarde de cualquier domingo. Se hace sacerdote, y salva centenares de almas; estas almas salvan a otras, unas ordenándose de sacerdotes, otras abrazando el estado religioso, y otras, en fin, siendo en el mundo honrados padres de familia. Y así irá la oración continuando su

tarea, y es muy verosímil que se la sorprenda trabajando en el silencio de aquella noche, cuando la tierra vuelva de su sueño para ver al Señor venir del Oriente.

Así, pues, no os afanéis demasiado por buscar frutos visibles y públicos resultados. No raras veces lo que el mundo llama desgracia llega a ser la buena fortuna de Jesús.

Por ejemplo, un hombre sufre una grande injusticia por tener la dicha de ser católico; rogáis por él y la injusticia con todo prosigue agobiándole, y los malvados llevan aparentemente razón, y son tan crueles como siempre. ¿Os imagináis que vuestra oración no ha sido oída? Pues no puede haber mayor engaño. Jesús quiere hacer de ese hombre un gran santo, y es mejor para él que sea la víctima inocente de semejante injusticia.

Mientras tanto le concedió Jesús, por intercesión de vuestras oraciones, una nueva gracia a que él correspondió, de suerte que actualmente, por vuestro Padrenuestro y Avemaría, ocupa en el Cielo, y por toda la eternidad, un lugar más elevado que aquel que hubiese llenado sin esa persecución. En su corona lleva engarzada una perla brillante, que de otro modo no hubiera consegui-